

LA NOVELA FILM

N.º 15

30 cts.



POR SALVAR A SU MADRE

La Novela Film

Imp. Vda. de J. Sanjuán Vila
Urgel, 7. - BARCELONA

LA NOVELA FILM

Redacción { Lauria, n.º 96
Administración { BARCELONA

Año I

N.º 15

KABALIGHEDENS ALMAGT 1919

□ □ □

POR SALVAR A SU MADRE

Cinedrama basado en la obra del
mismo nombre, de RAYMOND MOORE

Protagonista: CLARA WIETH

PROGRAMA
REAL ART



Concesionario: S. HUGUET
Provenza, 292. - BARCELONA

□ □ □

MUJER ALBION AL

DE LA REVISTA
Nº 152. 1925. - 1926.

Prohibida la
reproducción



Por salvar a su madre

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

En medio de las sombras de la noche un hombre, que parecía acosado como una fiera, huía a través del bosque.

En su desesperada fuga, aquel hombre, cuya edad no era lejana de los sesenta años, sintió la imperiosa necesidad de detenerse para reponer sus agotadas fuerzas, y lo hizo a la puerta de una modesta casa de aquellas inmediaciones.

El fugitivo llamó en los cristales de una ventana y una joven, Nina, que vivía en dicha casita con su madre enferma de bastante gravedad, le preguntó, a través de dichos cristales, lo que quería, asustada como estaba por la brusca aparición de aquel desconocido.

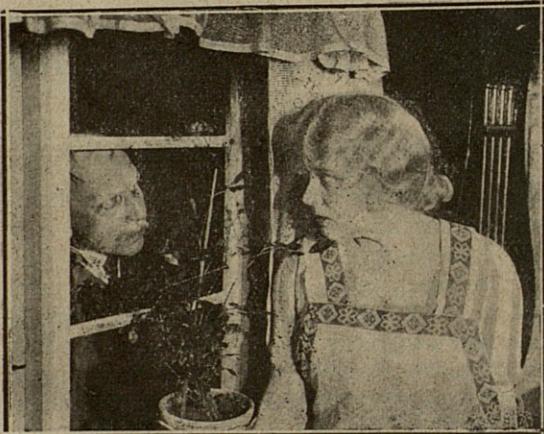
Este hizo gestos de tener sed, y suplicó a Nina que le diese algo de beber.

La joven, compadecida, no se resistió a franquear la entrada en su casa de un necesitado,

y le llenó un vaso de leche para que se reanima un poco.

El misterioso personaje apuró la leche de una sola vez y tras rápido agradecimiento, prosiguió su carrera...

Nina no dejó de extrañar la sospechosa conduc-



El fugitivo llamó a los cristales de una ventana y una joven, Nina...

ta de aquel hombre, cuyo porte era distinguido... pero los cuidados que debía prestar a la amada enferma le hicieron olvidar lo ocurrido...

Al día siguiente la policía organizaba una batida en el bosque y sus contornos, registran-

do todos los rincones y no omitiendo ninguna casa por inspeccionar.

El médico del lugar vió el piquete de guardias montados colocando avisos de recompensa por la captura de cierto supuesto criminal, y se hizo dar uno de dichos avisos.



El misterioso personaje apuró la leche de una sola vez...

Como todos los días, el médico iba a ver a la madre de Nina y, cuando vió a la policía fué en camino de la casita de aquéllas y se guardó un bando para que las dos mujeres, Nina

por lo menos, estuvieran al corriente de lo que pasaba en el bosque.

El diagnóstico que emitió aquel día el médico a Nina, refiriéndose a la enferma, fué el siguiente:

—Este aire del bosque está asesinando a su madre... En cambio, la brisa del mar sería su salvación. ¡Si pudiese usted llevarla a la costa!...

—¡Ah, señor doctor, bien sabe usted que yo no puedo hacer eso... que andamos escasas de recursos... que casi no podemos vivir apartadas en este silencioso lugar...! ¿Y está muy mal, verdad? Se me va a morir de un momento a otro, ¿no es cierto? ¡Pobre madre mía! — lloró Nina fuera de la casita.

Procuró el médico consolar a la apurada joven y se marchó donde la obligación le reclamaba.

Nina, ocultando sus lágrimas, reintegróse a su hogar y leyó el aviso de la policía que el doctor le había dejado encima de una mesa. Ese bando publicaba la fotografía del supuesto criminal que se andaba buscando, y puede suponerse la sorpresa que Nina tuvo al parecerle reconocer en ella al hombre que había llamado a su casa la noche anterior.

Apenas recordaba con precisión al desconocido, temblando a la sola idea del peligro que habían corrido su madre y ella recibiendo en la casita a un criminal, éste volvió a llamar en los cristales de la ventana.

En efecto, impulsado por el hambre y la fiebre, el hombre perseguido salió de su refugio.

Nina logró dominarse y, esta vez sin darle entrada, le ofreció otro vaso de leche, que fué apurada como la de la víspera.

Así que el reclamado por la Justicia hubo desaparecido, Nina volvió a leer el aviso de la policía, el cual decía así:

*El asesinato del conde de Lisca
Recompensa*

“A la persona que indique el lugar donde se oculta Carlos Weldon, presunto asesino del conde de Lisca, y cuyo retrato va al pie de estas líneas, se le darán

5.000 pesetas

“Se le cree oculto en los bosques de la Corona.”

Una idea invadió entonces, la mente de Nina, quien dijo para sus adentros con gran emoción:

—¡Cinco mil pesetas... la salvación de mi madre!

Nina estuvo indecisa un instante, al cabo del cual, colocando a su madre en el primer plano de su conciencia, salió de su casita para seguir al hombre cuya delación a la justicia sería la salvación de la enferma. Y vió dónde se ocultaba...

Poco después, Nina se hallaba frente a la Comisaría de policía y, antes de entrar, golpeóse

el pecho para acallar los reproches que sentía, y murmuró:

—¡Que Dios me lo perdone!

Hecha la denuncia, el policía de guardia avisó por teléfono al donador de las 5,000 pesetas de recompensa, Pedro de Lisca, sobrino del difunto conde, quien, a juzgar por las apariencias, no lamentaba con exceso la trágica muerte de su pariente, tal vez porque él era su heredero universal, y uno de cuyos defectos era el asedio de las damas de todas las categorías, y el aludido respondió:

—Dentro de un cuarto de hora estoy ahí.

Nina esperaba anhelante por volver al lado de su madre con el dinero...

Entretanto, la policía, puesta en antecedentes por la delatora, prendía al matador del conde.

Carlos Weldon, anonadado, dejó caer la cabeza sobre su pecho y lloró el hombre de sesenta años como un muchacho de quince.

El detenido tenía un hijo, Víctor Weldon, a quien había mandado la siguiente nota urgente por el correo:

“Querido hijo:

“Sólo tú creerás en mi inocencia. Las apariencias me acusan. Tengo que huir. Búscame en la choza del lugar llamado “El Eco”, del bosque de la Corona. Desea y necesita verte,
Tu padre.”

Víctor, acatando el deseo de su padre, llegaba a la choza unos segundos después que la policía

se lo había llevado preso y, acicateando, presa de angustia su fiel potro, los alcanzó camino de la ciudad.

Víctor desmontó su caballo, se arrojó a los brazos de su padre y los dos se estrecharon nerviosamente contra su corazón.

—Padre, padre! ¿Qué pasó... qué pasó?

—Hijo mío!... ¡Qué desgracia tan grande!

La policía separó a padre e hijo y todos proseguieron el camino: aquella rodeando al preso y Víctor presenciando, a su lado, el doloroso espectáculo de un padre manillado como un vulgar malhechor...

Pedro de Lisca se había ya personado en la Comisaría y celebraba que fuese una mujer joven y guapa, la delatora...

El preso llegó con su escolta y fué encerrado en un calabozo provisionalmente.

Su hijo abogó por él ante el comisario, a quien conocía, pues él era doctor de reputación, mas nada obtuvo. ¡La ley es ley para todos!

—¿Quién ha osado delatar a ese pobre inocente?... ¡No sé cuánto daría por saberlo!

Pedro de Lisca miró de hurtadillas a Nina, oculta en un rincón, mientras el comisario contestaba a Víctor:

—No ignora usted, doctor, que estos asuntos son absolutamente reservados.

Víctor inclinó la cabeza y con paso lento dirigióse al calabozo de su padre para hablar

Nina respiró...

Pedro de Lisca hizo entrega al comisario de la recompensa prometida, y éste a Nina.

Cuando la desventurada salió de la comisaría para regresar a su casa, Pedro ya estaba en la calle, y se le acercó, pronunciando frases galantes.

Como Nina las rechazara con energía, Pedro redobló sus audaces gestos, pero fué de nuevo bruscamente rechazado.

En venganza, él la zahirió:

—¿ Se va usted a poner tonta después de lo que acaba de hacer? ; Quien vende a un hombre por cinco mil pesetas, es materia dispuesta para todo!

* * *

El preso y su hijo Víctor se echaron de nuevo a sus brazos. Lloraban y Víctor se apretaba contra su pobre padre, en quien tenía absoluta confianza.

Repuestos los dos de su lógica emoción, el padre se dispuso a sincerarse con su hijo:

—Ha llegado el momento de decírtelo todo, ¡ todo! Es un secreto que he procurado ocultarte y que pesaba sobre mí como una mole de granito.

Víctor apesadado, escuchaba, no osando apenas respirar.

—Tú no tenías más que un año...—empezó

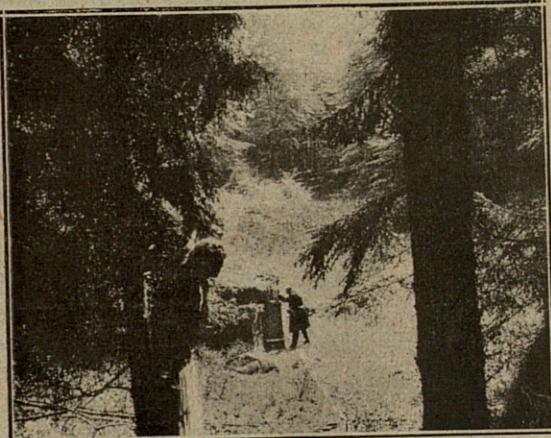
a contar el padre.—Una noche, al regresar a casa... sorprendí a tu madre en coloquio amoroso con otro hombre... Este hombre, que me robaba el amor de mis amores, mancillando mi honor, era el conde de Lisca... El primer impulso que me acometió fué castigar a los culpables... pero quería demasiado a mi esposa para matarla... y como después de aquello no podía seguir a mi lado, la dejé que se fuera con el otro, puesto que la amaba... pero le hice a él esta observación:

“—Yo sufriré resignado este dolor, el más grande de mi vida, pero, ¡ay de usted si no la hace todo lo feliz que yo he querido y no he sabido hacerla!...”

Cuatro años más tarde, supe que tu madre había muerto, pobre y abandonada... No volvió a mí, aunque se arrepintiese de su error; porque su amor propio no debió permitirle la humillación... Desde entonces, mi odio hacia el hombre que me había robado la dicha y a ti la madre, no reconoció límites... Hasta hace unos días, después de muchos años de espera, no había vuelto a ver al miserable... Fué en el comedor de un hotel... Por el conserje, a quien me dirijí, supe que, en efecto, el hombre que yo había visto era el conde de Lisca... Me hice dar el número del cuarto que ocupaba y, a mi regreso a casa, le escribí una carta, de caballero a caballero, recordándole lo que le había dicho en otra ocasión... Un duelo se imponía... Pero

no recibiendo contestación a mi carta, decidí ir a ver al conde...

Frente a frente los dos, le recriminé su falacia, y no viendo en él todo el arrepentimiento que yo esperaba, le encaminé mi revólver sobre el pecho... No disparé, pues él, mirándome en



Y vió dónde se ocultaba...

el rostro, me dijo:

—Reflexione en que lo que hizo la fatalidad ya no tiene remedio, y en cambio va usted a destruir el porvenir de su hijo...

Y fui vencido en mi deseo de venganza... por tí... y me marché del cuarto del conde.

Apenas lo hube hecho, oí un disparo de arma de fuego. ¿Qué ha hecho ese hombre?—pensé.

Sin medir el peligro que me cercaba, volví a entrar en la habitación del conde y vi el cuerpo de éste en el suelo, bañado en sangre, y a su lado un revólver humeante.



—...¡ay de usted si no la hace todo lo feliz que yo he querido y no he sabido hacerla!

—¡Se ha suicidado!...—opiné.—Sospecharán de mí!

Lleno de angustia, me escondí en el pasillo del piso del hotel, en que se hallaba el cuarto del suicida, y me puse en salvo cuando la de-

pendencia abandonó sus puestos para acudir a ver el cadáver...

Pero, en la misma puerta del hotel, tropecé con un hombre que me miró sorprendido y que creo fué quién, reconociéndome, me delató como presunto asesino del conde...



—Reflexione en que lo que hizo la fatalidad ya no tiene remedio...

Huí como un loco bajo el temor de que se cometiera una injusticia conmigo, y me oculté en un lugar que yo creí invulnerable...

Entonces, hijo mío, fué cuando, sin saber qué hacer, te escribí pidiéndote que fueras a verme para que me aconsejaras.

—¿Me crees, verdad, Víctor?

Este, que sufrió horrorosamente, no pudo contestar con palabras a la pregunta de su padre, y lo hizo con más elocuencia, ocultando sus lágrimas en un tierno abrazo contra su corazón.

Al separarse, obligatoriamente, el hijo prometió a su inocente padre:

—Yo haré por ti lo que humanamente sea posible hacer... Si es preciso, mi vida daré por limpiar la mancha que un error puso en nuestro nombre.

—Hijo mío tú nada podrás... porque eres mi hijo. ¿Quien duda de su padre en trances como éste? ¿Quien no desea salvar a su padre acusado, con razón o sin ella?...

—Yo removeré cielo y tierra...

—No te comprometas por mí hijo mío... Yo sólo quiero que tú me creas... Para lo demás, creo en la justicia de Arriba.

—¡Pobre padre!

Difícil fué que aquellos dos seres de misma sangre se separaran para dejar que la vida siguiera sus designios...

No era menos doloroso lo que le estaba pasando a Nina, la delatora de Carlos Weldon, quien, de vuelta a su casita, apagando con la esperanza de ver feliz a su madre, la voz de los remordimientos por su traición, recibió la más cruel herida en su corazón.

—Qué había visto? —Por qué abría sus ojos

tan exageradamente y temblaba como una hoja en el árbol?

—¿Por qué?... ¿Por qué?...

Silencio... ¡Su madre estaba muerta!

—¡Mamá! ¡Mamá mía! ¿Quiso castigarme el cielo arrebatándote a mí? ¡No, no, que yo no



No era menos doloroso lo que le estaba pasando a Nina...

merecía tamaño castigo!... Yo fuí mala porque tú sufrías demasiado... tenías derecho a vivir... Tuve una ocasión para salvarte y tu dolor cegó mi espíritu... ¡Perdóname, madre, perdona a tu hija!

Las frondas de los árboles que rodeaban la casita se agitaron tristemente... y sus lamentos se unieron a la desesperación de Nina.

Dos días después, Nina, al verse huérfana y sola, fué a la iglesia vecina, depositó en el cipillo de los desamparados las cinco mil pesetas que recibiera a cambio de su mala acción, y elevó sus plegarias al Todopoderoso:

—¡Dios mío, ten piedad de mí! ¡Perdóname el mal que he hecho!

Por espacio de unos meses, Nina vivió sola en la casita del bosque, ganándose el sustento haciendo labores de modista, y seguía con verdadero interés el curso del proceso del hombre a quien vendió.

El resultado del juicio final fué desastroso, pues se reconocía culpable al inocente Carlos Weldon.

Víctor, su hijo, cubrióse el rostro más de pena que de vergüenza, pues él creía a ciegas en su padre, cuando hubo leído la noticia publicada por los periódicos de todas partes, la cual, más o menos, era ésta:

*El asesinato del conde de Lisca
Sentencia condenatoria*

“La Audiencia ha dictado sentencia en este sensacional proceso, condenando, por indicios, al millonario Carlos Weldon, a diez años de trabajos forzados, pues el Tribunal ha apreciado la agravante de premeditación.”

Nina no esperaba ésto, pues se figuraba que

la inocencia brillaría para restituir el honor a un hombre, y tan rudo fué este golpe para ella, que tomó una resolución de penitencia: consagrarse su vida a hacer el bien para reparar el mal, y buscó colocación como enfermera...

En un centro de colocaciones donde fué a pedir un empleo, le indicaron que en tres sitios podía encontrar el puesto que deseaba.

Estos eran:

El Hospital Municipal del V distrito, donde necesitaban, con urgencia, dos enfermeras y tres señoritas practicantes.

La Clínica Homeopática, del doctor Clifford, donde hacía falta en seguida una enfermera.

Y, finalmente, el Hospital de Niños, del doctor Víctor Weldon, donde había dos vacantes de enfermera.

Nina recordó que Víctor Weldon era el hijo del hombre que ella delató, y haberle visto en la comisaría de policía aquel día, el más aciago de su vida.

—¡Víctor Weldon! musitó.—; Sérá un capricho del azar?

Y, sin vacilar, optó por ofrecer sus servicios al doctor Weldon.

* * *

Pocos días después, los dolores ajenos hacían olvidar a Nina sus propias penas.

Víctor, en una de sus visitas a los enfermitos,

tuvo palabras de estímulo para Nina, a quien había aceptado como enfermera con agrado.

—No tardará usted en habituarse a este trabajo, señorita, y estos pobres niños la colmarán de bendiciones.

Ella, agradecida, se prometió serle útil.

Nina trabó amistad con una compañera llamada Juana, una buena muchacha, pero algo ligera de cascós y, yendo juntas de paseo cierta noche... la fatalidad puso frente a ellas a Pedro de Lisca, en un tranvía.

Juana se había sentado al lado de Pedro y como quedaba aún un asiento libre para Nina, que permanecía indecisa de pie, en la plataforma posterior del coche, la llamó repetidas veces. Pedro la saludó desde su sitio y, entonces, temiendo que su compañera adivinase siquiera una sombra del desconcierto que le causaba el sobrino del conde de Lisca, descendió del tranvía, en marcha, a riesgo de caerse.

Juana, extrañada, se levantó de su asiento y, como Nina, se apeó del tranvía en marcha.

Pedro comprendió el azoramiento de Nina, mas no la olvidaba y, poniéndole a mano, la casualidad, un guante de Juana, hizo detener el coche y se apresuró a alcanzar a ésta, a la que encontró sola, pues Nina había desaparecido rápidamente hacia el Hospital.

El joven conde entregó a Juana el guante que se le olvidó en el tranvía y le murmuró

frases galantes, que ella aceptó complacida... y cenaron juntos aquella noche.

Al final de la comida, Pedro habló a Juana de sus riquezas, de su título, y añadió, al despedirse:

—¡No sé lo que me induce a creer que hemos de llegar a ser muy buenos amigos, Juana!

Y Juana no dijo qué no...

Pocas semanas llevaba Nina en el Hospital cuando el Amor, ese niño eternamente enfermo y eternamente caprichoso, se empeñó en unir dos corazones entre los que la fatalidad había abierto un abismo.

Hemos hablado de Nina y Víctor.

—Es muy buena la señorita Nina y nos quiere mucho—dijo una niñita al doctor.

Víctor acarició a la pequeña y contempló a Nina, que tenía puestos sus lindos ojos en otras cabecitas adorables.

Después de esa especie de análisis que hizo de ella, Víctor dijo a Nina:

—¿Querrá usted tener la amabilidad, señorita, de llevarme esta noche a mi casa los libros para examinarlos con calma?

—Con mucho gusto, doctor—respondió Nina.

El tiempo que pasó desde este momento hasta la hora de ir a casa del doctor, fué corto y, sin embargo, les pareció muy largo a éste y a Nina.

Pero todo llega... y también llegó ese encuentro premeditado por el doctor.

Porque el amor siempre triunfa...

Si no triunfa, no es amor...

Víctor sondeó, unos instantes, con la mirada, el alma de Nina, y lo que vió le dió ánimo para confesarle la influencia que ella ejercía en sus sentimientos.

—Señorita Nina, lo de los libros ha sido sólo un pretexto para poder hablar con usted a solas.

—Diga usted, pues, doctor...

—Tengo necesidad de revelarle un secreto; mejor dicho, dos... El uno es que la amo a usted con toda mi alma... y el otro... ¡se trata de mi padre! Véalo ahí, en el sitio de honor... Es su retrato... El pobre está en presidio y es inocente...

—Sí, doctor, ya estoy enterada del proceso...

—dijo Nina, emocionada, y apartando su vista del cuadro que le recordaba su traición.

—Yo le aseguro a usted que es inocente!

—Si esa mancha injusta que hay sobre el apellido de mi familia no es obstáculo para que el amor de usted sea mío, yo, Nina, la haré la más dichosa de las mujeres!

Nina rompió a llorar... Víctor la recibió en sus brazos y acercó sus labios a los suyos hasta que, sin resistencia alguna, se juntaron...

—No tenía Nina derecho a la felicidad?

—Su culpa había sido tan grande que debían cerrársele las puertas de la dicha?

—No! ¡Sacrificar ese amor que puro brotaba

en sus almas, hubiese sido, no una traición, sino un crimen!

Pero el secreto, que sólo ella ...y Pedro de Lisca conocían, no debía exteriorizarse fuera de ellos...

* * *

Pedro de Lisca había seguido galanteando a Juana, y ambos ya iban en camino de ser muy amigos.

Aquella tarde, la casquivana había recibido esta carta:

"Señorita Juana Walder:

Señorita: Esta noche doy una fiesta en mi casa y espero que la realce usted con su presencia. A las ocho la esperaré a la puerta del Hospital.

No vive sin verla, su apasionado

Pedro de Lisca."

A las ocho, Pedro esperaba a Juana a la puerta del Hospital, y vió llegar a Víctor con Nina. Se ocultó y, a juzgar por el cariñoso despedido que se hicieron, convino en que se amaban.

Víctor se marchó hacia su casa, y Nina lo despidió en la puerta del Hospital hasta que desapareció.

Entonces, Pedro, llamando a Nina en el momento que iba a entrar en el Hospital, le dijo, maliciosamente:

—Me figuro que le habrá usted contado al doctor quién vendió a su padre.

Nina le volvió la cara al cínico, y éste, sonriendo con misterio, la vió introducirse en la clínica del doctor.

A poco salió Juana—que no quiso escuchar los consejos de Nina—y Pedro se la llevó a su casa en automóvil.

Las fiestas del conde eran patrocinadas por la juventud que no conoce el valor del dinero... y la alegría, encarnada en bulliciosas mujeres, desbordaba por los escotes y por las copas de champaña...

—No me haga usted beber mucho espumoso —advirtió Juana a Pedro.—Aciérdese de que entro de guardia a las doce.

Pedro dijo a todo que sí... y Juana bebió con exceso... y se le pasó la hora.

Entretanto, Nina estaba decidida a escribir a Víctor confesándole su falta...

Pero ello constituía el sacrificio de un amor superior a su voluntad, y renunció definitivamente a sus escrúpulos para ser del hombre que la requería para ser felices los dos.

Juana no volvió al Hospital hasta la mañana siguiente, y como el reglamento era sumamente severo, la encargada le salió al paso:

—Creo innecesario decir a usted que desde este momento ha cesado en su cargo.

Nina, enterada, compadeció a Juana, y ésta, cuyo porvenir se había jugado aquella noche, telefoneó a Pedro:

—¿Eres Pedro? Oye; sucedió lo que yo temí...

—¿Que te han despedido? ¡No te apures, aquí estoy yo para todo!

* * *

Pasaron dos meses y Nina era ya la esposa de Víctor, quien, si por ella perdió a su padre, en ella encontró la más solicita y santa compañera.

Pedro de Lisca—que tenía sus intenciones secretas respecto a Nina—le escribió, a los pocos días de su enlace con el doctor, la siguiente carta:

“Señora Weldon:

“Si estima usted en algo su actual dicha, le interesa entrevistarse conmigo, para lo cual la espero esta tarde, a las dos y media, en el Parque Nacional, cerca del Gran Monumento.

“Deseo verla —y si no acude usted a la cita iré yo a su casa cuando su esposo no se encuentre en ella.

—*“Suyo afectísimo,*

Pedro de Lisca.”

A pesar de considerarse esclava del silencio de aquel mujeriego, Nina no estaba dispuesta a aceptar una cita suya.

Juana, a quien las falaces palabras de Pedro perdieron, no era feliz en su nueva vida en su compañía...

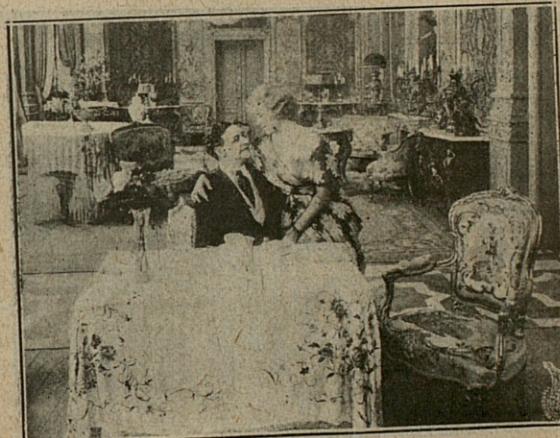
La felicidad de Nina también temblaba...

Pero Nina fué fuerte.

—¡No, no... eso jamás!—rechazó al comprender lo que quería el canalla.

Y no fué a la cita.

Pero, cuando hubo pasado la hora convenida, Nina se sintió presa de un temor extraño y, al marcharse Víctor a su obligación, le rodeó



...Nina era ya la esposa de Víctor...

el cuello con sus brazos y le besó con pasión...

—¿Qué tienes, mujercita mía? Diría que tiemblas...

—La idea de que pueda perderte algún día, me vuelve loca, Víctor. ¡Qué malo es querer tanto!

—Al contrario, yo, que soy un egoísta, pre-

fiero que me quieras con locura... como yo a ti.
¡Adiós, vidita!

Pedro, defraudado en su intento de ver a Nina en el Parque Nacional, espiaba la salida de Víctor, y entró en la casa apenas éste dobló la esquina de la calle.



La felicidad de Nina también temblaba.

Nina ahogó un grito y retrocedió hasta el salón, para ocultar su sorpresa a la servidumbre.

—Hace usted mal en temerme, pues yo no tengo hacia usted otro sentimiento que el de gratitud. A usted debo cuanto soy y cuanto ten-

go... Y lo pongo todo a sus pies... porque en realidad me he convencido de que la quiero.

Víctor tuvo que regresar a su casa, pues se le cayó el sombrero en el suelo y se le manchó, y sorprendió la última fase de la conversación de Pedro y Nina.

—¡Márchese inmediatamente de mi casa o llamo!

—Si se obstina usted en rechazarme, haré saber a su marido que usted fué quien vendió a su padre.

—¡Prefiero eso a ser una vil mujer!

Pedro quería abrazar a Nina y Víctor hizo su aparición en el salón. Estaba lívido.

—¡Cuando una dama se niega a complacer a un miserable, es que nada puede impedirle que mire a Dios! ¡Fuera de aquí, canalla!

Pedro obedeció, mal que le pesare, y cuando estuvieron solos Nina y Víctor, éste le preguntó si era cierto que ella fué la delatora de su padre.

—Sí, Víctor, yo sola fuí! Pero las circunstancias me obligaron a ello, Víctor...

—¡Oh, calla, calla!

El encanto de la felicidad naciente estaba roto...

Nina se retiró a sus habitaciones y dejóse caer en el lecho para libertar la presa de sus lágrimas.

Víctor, loco de dolor, permaneció inmóvil en un sillón, muerta la mirada.

De súbito, Nina recordó las primeras palabras de Pedro al entrar en el salón, y se preguntó a sí misma:

—¿A qué se referiría ese malvado al decir que gracias a mí es todo lo que es?

También recordó que Pedro le había dicho:

—Usted y sólo usted me ha sacado del más grande apuro de mi vida!

Esas frases empezaron a iluminar su mente, y adoptando una resolución enérgica, se dispuso a la lucha.

Lo primero que hizo fué asegurarse la complicidad de Juana, a la que sabía aún en compañía de Pedro.

Para ello, le telefoneó:

—Si es verdad que odias a Pedro, ayúdame a desenmascararle. Te contaré el secreto que acaba de revelar a mi esposo para guardar el cual exigía de mí la deshonra...

—Te ayudaré, Nina, en todo lo que sea preciso.

—Procura que vaya esta noche, a las once, al American Concert.

—Irás... y yo con él.

—Es necesario que nos veamos antes las dos.

—¿Dónde?

—En la plazoleta, frente al Hospital.

—Hacia ella voy en seguida.

—Hasta luego...

Después de haberse entrevistado las dos amigas, para que Juana conociera punto por punto

lo sucedido, Nina se preparó para la emboscada.

Por la noche, sin que Víctor notara su ausencia, pues él se había encerrado en su despacho, Nina se dirigió hacia el American Concert.

Pedro y Juana ya cenaban en él.

Nina se sentó en una mesa próxima a la de ellos y cuando Pedro la vió, en *toilette de soirée*, bella como nunca, dijo a Juana, a quien sólo consideraba ya como un estorbo:

—Necesito que te enteres y que me digas qué ha ocurrido para que ella venga aquí.

Juana fingió que aprovechaba su amistad con Nina para informar a Pedro de lo que ella le contase, y aprovechando el que un inglés, a quien el humo del vino y del licor se le subió a la cabeza, se ofrecía a acompañar a cenar a Nina, no negándose ésta para mejor disimular ante Pedro, volvió a su mesa, y dijo a éste:

—Pues nada, que su marido la ha puesto en mitad del arroyo y ella ha preferido venirse aquí, a disfrutar con la alegría de los demás!

Un amigo de Pedro se acercó a ellos y como quisiera que éste no estaba para conversaciones, sino para vigilar a Nina, dijo al amigo en cuestión:

—Da unas vueltas con "esta", que yo estoy muy cansado.

El conocido iba a invitar a bailar a Juana, mas ésta, no por desprecio a él, sino por chasco a Pedro, contestó a éste:

—La que está muy cansada, pero es de ti.

soy yo, y te ruego que no te ocupes de mí para nada en lo sucesivo. Te dejo el camino franco para todo.

Y se marchó.

* * *

Mientras todos esos sucesos se desarrollaban, el infeliz Carlos Weldon arrastraba la humillante vida del presidio.

Y Víctor, por su parte, no sabía qué decisión tomar en aquel complicado caso. Si Nina era buena a toda prueba, por qué había delatado a su padre?—se preguntaba Víctor desconcertándose a sí mismo.

El inglés, que se había enamorado de Nina, pagó la cuenta y se dispuso a salir tras ella para conducirla a cualquier parte, sin importarle el dinero.

Pero Pedro, así que Nina se levantó para recoger su capa en el vestuario del restaurante, la siguió hasta allí y, galantemente, se ofreció a ayudársela a ponérsela sobre sus desnudas espalda.

Nina no se resistió, y por una mirada que ella le dirigió, Pedro dedujo que el disgusto que acababa de tener con su marido no le importaba mucho...

Pedro, engañado por la habilidad de Nina, se envanecía interiormente de haber, al fin, lo-

grado que ésta fuese amable con él, y consintió que aceptase ir a su casa.

Al entrar en ella, Nina, aprovechando una corta ausencia de Pedro, que había ido en busca de una botella de champaña para ofrecer una copa de la deliciosa bebida a su valiosa conquista, se acercó a un cortinaje y dijo:

—Juana, no me abandones, que el saber que estás ahí, me dará fuerzas para todo.

El plan de las dos mujeres seguía favorablemente su curso.

Pedro volvió con la aludida botella y llenó dos copas de su contenido.

Y empezó el asedio declarado, con la esperanza de rendir a la hermosa.

—No sabe usted lo feliz que soy al verla en este nido, que formé para usted y no para esa antipática Juana. Yo no creía que usted se casaría con...

—Por lo que más quiera, no me recuerde a ese Víctor. ¡Le detesto! —mintió para dar pie a que Pedro la creyese más fácil.—El asegura que su padre es inocente; pues bien, yo me alegraría, porque así el daño que le hice sería mayor. ¿Usted cree en la inocencia del padre de Víctor?

—No solamente creo, sino que estoy seguro de ella.

—¿Que está usted seguro, dice? ¡Es decir mucho!

—¡Me vuelves loco, Nina! ¡Eres adorable!

—Ya le sería a usted difícil probar, aunque se lo propusiese, que Carlos Weldon es inocente.

—No lo creas, hermosa mía... ¿Pero tú sabes lo bonita que eres? Jamás conocí una mujer como tú... Estos brazos...

—Cuidadito con las manos... Quiere usted demasiado de prisa y aún no ha hecho usted nada para ganar mi confianza.

—Yo todo te lo doy si me quieres. Todo... todo...

Pedro bebía e imploraba el amor de Nina.

Esta, dueña de la situación, fué a lo suyo:

—Cuéntamelo todo, Pedro, y te prometo...

—Pues bien, puesto que lo quieres, sea...

Sin saber que se vendía a sí mismo, Pedro hizo una terrible confesión.

—Yo necesitaba, imprescindiblemente, dinero. Se trataba de una deuda de honor... Fuí a ver a mi tío en el hotel, y leí una carta que había sobre una mesita y que decía así:

"Señor conde de Lisca:

"La fatalidad le pone a usted de nuevo en mi camino. Sé dónde se halla usted. Escoja usted la forma en que se ha de celebrar el duelo que yo exijo."

"¡Nada ni nadie librará a usted de mi venganza!"

Carlos Weldon."

Yo me hallaba con mi tío cuando llamó ese Carlos Weldon a la puerta del cuarto. Me ocul-

té y oí la conversación que mi tío y él sostuvieron, así como también ví el revólver de aquél caer al suelo cuando mi tío le recordó que tenía un hijo, Víctor, y que lo mejor era atribuir la culpa de todo al destino.

Has de saber, Nina, que mi tío había sido la causa de la separación de Carlos Weldon y de su esposa...

Apenas se marchó este último, yo, cegado por la visión de la ruina, cogí, sin que mi tío me viera, el revólver que se le cayó a Weldon... y le dí muerte...

Huí por la escalera de servicio y volví a subir al cuarto de mi tío por la principal, donde tropecé con el inocente Carlos Weldon, sobre quien pensé recaería la culpa... pues la carta y el revólver eran pruebas bastantes.

Al terminar su relato, Pedro se abrazó a Nina e iba de audacia en audacia.

Nina, cual juez inflexible, apartó de sí a Pedro, reprochándole su infamia:

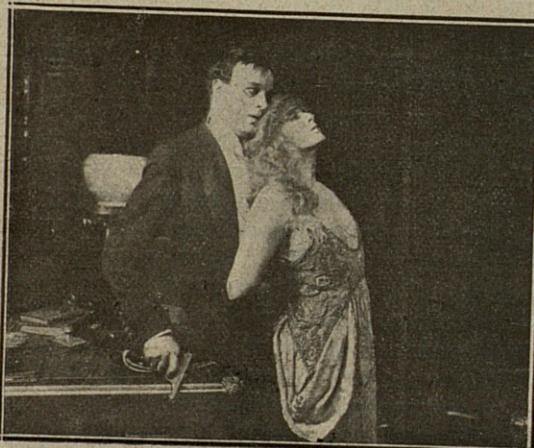
—¡Es usted un asesino, digno sólo de mi desprecio! Todo llega en la vida, y ha sonado la hora de la Justicia para el verdadero asesino del conde de Lisca.

—Ah, miserable! Pero ha perdido usted el tiempo arrancándome esta confesión, que de nada le ha de valer sin un mal testigo.

Entonces, se corrió el cortinaje y apareció Juana.

—El testigo que hace falta está aquí—dijo Juana acusadora.

Pedro se abalanzó, iracundo, a las dos mujeres, pero Juana logró escapar y, después de dar parte a la policía, avisó por teléfono a Víctor.



Nina luchó con todas sus energías con Pedro...

Nina luchó con todas sus energías con Pedro, quien, agotadas sus fuerzas por la resistencia que le opuso Nina, la amenazó con un revólver.

Nina, en desesperada defensa, desvió el arma

y ésta se disparó, cayendo al propio tiempo Pedro, mortalmente herido.

Llegó la policía y Víctor.

El herido, en sus postreros instantes, quiso aminorar la culpa de su crimen con la nobleza de declararse culpable de su propia muerte y de



El herido, en sus postreros instantes, quiso aminorar la culpa de su crimen...

la de su tío, delante de la justicia.

Juana lloraba... Al fin y al cabo, Pedro, aunque malo, había sido su primer amor.

¡Miserias de la vida!

Gracias a la declaración de Pedro, el padre

de Víctor fué puesto en libertad, y volvió a surgir, para todos, el sol de la felicidad.

Nina puso en antecedentes a Víctor del motivo de su mala acción, y éste le contestó, cariñoso:

—¡ Perdóname como yo te perdonó a ti, Nina de mi alma ! Tú que abriste las puertas del presidio a mi padre, por salvar a tu madre, le has sacado de él abnegadamente, y ahora, a gozar los tres juntos de la nueva vida que se nos ofrece con todo el esplendor de nuestro honor inmaculado.

FIN

(Revisado por la censura militar)

• NÚMEROS PUBLICADOS •

N.º	NOVELA	Postal-Escena
1	Los Guapos o Gente brava	El joven Medardus
2	Las dos riquezas	El Prisionero de Zenda
3	Vanidad Femenina	La Batalla
4	Los cuatro jinetes del apocalipsis	Los enemigos de la mujer
5	Las esposas de los hombres ricos	Violetas Imperiales
6	Dering, El Negro	Mary Pickford
7	En poder del enemigo	Thomas Meighan
8	Heliotropo	Bebé Daniels
9	Corazón triunfante	Douglas Mac Lean
10	Por la puerta de servicio	Ethel Clayton
11	Murmuración	Charles Ray
12	El Indomado	Vivian Martin
13	Cómo aman las Mujeres	Roscoe Arbuckle (Fatty)
14	La fuga de la novia	Enid Bennett
15	Por salvar a su madre	Wallace Reid

PRÓXIMO NÚMERO

LA MAGNÍFICA PRODUCCIÓN CINEMATOGRÁFICA

*Juguetes
del Destino*

POR LA GENIAL
ALLA NAZIMOVA

REPERTORIO M. DE MIGUEL

(La Aristocracia del Film)
Consejo de Ciento, 292 - Barcelona

Postal-Escena:
LUCIENNE LEGRAND

LA NOVELA FILM se pone a la venta en toda España todos los martes.

Precio 30 cts.

Colecciones completas y números sueltos atrasados a precios corrientes de venta, en LA SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA de LIBRERÍA, S. A. Barbará, 16 - BARCELONA, en sus Agencias de Provincias y en todos los Kioscos de España

